

1. UN MUNDO EN LA ENCRUCIJADA

La vida no es principalmente una búsqueda de placer, como creía Freud, ni una búsqueda de poder, como enseñaba Alfred Adler, sino una búsqueda de sentido. (Viktor Frankl)

La concepción materialista del mundo ha puesto en serio peligro la vida humana. La naturaleza —antes una madre— concebida como algo para explotar, el hombre entendido como una mera máquina, la atención dirigida casi exclusivamente al mundo exterior... auguran un futuro cada vez más mecanizado e inhumano y un medio ambiente cada vez más degradado. La destrucción del medio ambiente no es sino la proyección de la confusión interior y de la pérdida del sentido de lo sagrado. Seyyed Hossein Nasr, para quien el origen de la crisis ecológica reside en la concepción materialista del universo, señala que el hombre moderno contempla la naturaleza como una prostituta «que puede ser usada sin ningún sentimiento de obligación o responsabilidad».

La ciencia es un tipo de conocimiento riguroso y especializado en varias áreas del mundo físico, y verdadero en ese campo desde su legítimo punto de vista; pero, en su versión «ideológica», a partir de sus logros en ese campo pretende ocupar todo el espacio del conocimiento. Muy a menudo la «ideología científica» —el llamado «cientificismo»— sigue asumiendo las proposiciones del positivista Auguste Comte: la ciencia es la única fuente de conocimiento válido para comprender el papel de la humanidad, y solo ella puede proporcionar una visión del mundo cierta.

B. Alan Wallace:

¿Acaso puede la ciencia proporcionar una visión adecuada de todo el mundo natural, incluyendo solamente los fenómenos objetivos y excluyendo totalmente el fenómeno subjetivo de la consciencia?

Despojando (sin ninguna prueba más que su incapacidad para captarlas) al universo de consciencia e inteligencia, los divulgadores científicos —apoyados por el enorme peso de la educación y los medios de comunicación— presentan, de forma implícita o explícita, un panorama desolador de lo real:

El mundo físico es la única realidad. Se origina en su totalidad a partir de fuerzas naturales impersonales, carece de todo orden o valores morales y funciona sin la intervención de fuerzas espirituales de ningún tipo, benevolentes o no. La vida y la consciencia surgieron originalmente en este universo de forma totalmente accidental a partir de complejas configuraciones de materia y energía. La vida en general, y la vida humana en particular, no tiene sentido alguno, valor o significado más que el que se atribuye a sí misma. [...] El final de la vida de un individuo supone la desaparición de la consciencia y la completa aniquilación del ser humano; en definitiva, este es el destino de toda vida en el universo: simplemente desaparecerá sin dejar rastro.

Nosotros, los seres humanos, no somos sino máquinas biológicas extremadamente complicadas. Todo lo que somos y hacemos es explicable, en principio, mediante

una causación de abajo arriba en términos de biología, química y física; en última instancia, en términos de interacciones y contactos locales entre fragmentos de materia moviéndose en estricta conformidad con leyes mecánicas bajo la influencia de campos de fuerza. [...] La mente y la consciencia son generadas en su totalidad por acontecimientos neurofisiológicos y procesos en el cerebro; o quizá, de manera misteriosa, son idénticas a ellos. La causación mental, la volición y el «yo» realmente no existen: son meras ilusiones, subproductos del chirrido de la máquina neural.

Enfrentarse con otra concepción de las cosas es enormemente útil para descubrir fisuras y lagunas en nuestro pensamiento, y, sobre todo, para hacernos tomar consciencia de nuestros axiomas y a priori. Roger Paul-Droit observa cómo los autores no occidentales son sistemáticamente ignorados en los libros de texto:

Es generalmente en un recodo de una introducción, al final de un prefacio, o quizá en algún anexo de cosas poco esenciales donde se quita uno de encima a las cuatro quintas partes de la humanidad [...] antes de empezar con las cosas serias. [...] Lo sorprendente es que una situación así no extraña a nadie. Que se haya vuelto tan normal en su anormalidad que nadie encuentre nada que decir. Peor aún: que nadie la perciba ya.

En mi opinión, el pensamiento de la India —que se remonta a una antigüedad muy lejana pero que permanece aún vivo— tiene mucho que aportar en la situación mundial actual por su capacidad de proporcionar un punto de vista muy distinto pero bastante comprensible para el occidental. Gracias a su gran flexibilidad, no se deja encadenar por los conceptos. Sus supuestos de base son distintos de los del mundo religioso semítico, que siguen en gran parte vigentes en el mundo occidental secularizado.

Rajiv Malhotra explica una de las diferencias básicas entre los axiomas oriental y occidental:

Todas las escuelas dhármicas [orientales] empiezan por asumir que el cosmos es, en última instancia, un todo unificado, en el cual la realidad absoluta y las manifestaciones relativas están profundamente conectadas. [...] El sentido de una unidad subyacente es fuerte, y permite una gran cantidad de inventiva y juego para comprender sus manifestaciones. Como resultado, tiende a haber una gran diversidad de caminos e interpretaciones filosóficas sin que surja el miedo a caer en el caos. Las cosmovisiones occidentales, sean religiosas o laicas, empiezan con la premisa opuesta: el cosmos es inherentemente una aglomeración de partes o esencias separadas. Los debates sobre este tema no son sobre cómo y por qué emerge la multiplicidad, sino sobre cómo puede una unidad surgir de la multiplicidad. Esta unidad no es innata; debe ser buscada y justificada una y otra vez, y la síntesis resultante es siempre inestable.

Según Frithjof Schuon:

Uno de los efectos de la ciencia moderna ha sido el dar un golpe mortal a la religión, al plantear en términos concretos problemas que solo el esoterismo puede solventar; pero estos problemas permanecen sin resolver, porque no se escucha al esoterismo, incluso ahora menos que nunca. Confrontada a esos problemas nuevos, la religión se encuentra desarmada, y, torpemente y a ciegas, toma prestados los argumentos del

adversario; se encuentra así obligada a falsificar mediante pasos imperceptibles su perspectiva propia, y a negarse cada vez más a sí misma.

Según Huston Smith:

Resulta patente que la imagen de una realidad estratificada en múltiples niveles constituye la principal hipótesis esbozada por la humanidad a lo largo de su historia, una hipótesis que respeta, al tiempo que legitima profundamente, el espectro completo de la experiencia humana. Y aunque se trate de una hipótesis que no se ha visto explícitamente formulada hasta hace muy poco, su presencia a lo largo de la historia registrada resulta tan patente que nos hemos atrevido a denominarla la «unanimitad humana», una expresión aparentemente desproporcionada con la que aspiramos a resumir la perspectiva natural del ser humano, es decir, la visión que despierta todos los acordes del arco completo de la sensibilidad humana. Esta es, en suma, la visión soñada por los filósofos, contemplada por los místicos y transmitida por los profetas. [...] La única excepción a esta «unanimitad humana» es la visión sostenida por el occidente moderno que, a nuestro entender, se basa en una — llamémosla así— interpretación errónea de la ciencia moderna.

«El todo es uno», decían ya los pitagóricos, y antes y después de ellos innumerables sabios y filósofos. En última instancia, solo el Uno es; sus diversas partes no tienen realidad y existencia más que como partes de ese todo. Si esto es así, ¿qué valor puede tener una visión que concibe el mundo como resultado de la compleja interacción mutua de un conjunto de componentes básicos casi independientes? El librito tamil *Ellam Onru* («Todo es uno») asegura:

En un mismo árbol, podemos ver hojas, flores, frutos y ramas diferentes entre sí; sin embargo son uno porque todo eso está incluido en la palabra árbol. Su raíz es la misma, su savia es la misma. Similarmente, todas las cosas, todos los cuerpos, todos los organismos, proceden de la misma fuente y están activados por un único principio vital.

Richard Dawkins, que intenta probar la inexistencia de Dios (concebido de forma elemental), se burla de la experiencia religiosa (identificada con «visiones») de la gente como algo subjetivo y carente de base:

Muchas personas creen en Dios porque creen haberlo visto —o a un ángel o a una virgen vestida de azul— con sus propios ojos. O les habla dentro de su cabeza. Este argumento de la experiencia personal es el más convincente para aquellos que afirman haber tenido una visión. Pero es el menos fiable para cualquier otra persona, para cualquiera que tenga conocimientos de psicología. ¿Dices que has experimentado a Dios directamente? Bien; algunas personas han visto un elefante rosa, pero probablemente eso no nos impresiona.

Pero la experiencia religiosa del hombre común es como un cálculo matemático de un niño de siete o diez años. El cálculo puede ser correcto o equivocado —y si es correcto, no debe ser despreciado, sino apoyado para que el niño siga aprendiendo— pero siempre serán matemáticas elementales, nada comparado con las altas matemáticas de un matemático o un físico profesional, no digamos las de un genio científico. Los cálculos de un niño, aunque sean correctos, son insuficientes para probar una teoría matemática:

son los grandes matemáticos quienes lo hacen. De la misma manera, si queremos investigar el mundo espiritual, convencernos de su existencia, es la experiencia de los genios espirituales lo que deberemos estudiar y discutir.

Según explica Peter Russell:

La ciencia ha escudriñado el «espacio profundo» y el «tiempo profundo» hasta el principio de la creación, y también la «estructura profunda» del cosmos, en busca de la esencia misma de la materia, y se siente orgullosa de decirnos que no encuentra necesidad ni lugar para Dios: el universo parece funcionar perfectamente bien sin su ayuda. Pero ¿quién dijo que Dios debe ser encontrado «ahí afuera», en el ámbito del espacio, el tiempo y la materia? Esta es una interpretación muy ingenua y anticuada de Dios. Cuando las enseñanzas espirituales se refieren a Dios están apuntando, las más de las veces, hacia el ámbito de la experiencia interior, no hacia alguna cosa en el reino físico. Si queremos encontrar a Dios, tenemos que mirar dentro, al ámbito de la «mente profunda», un ámbito que la ciencia todavía no ha explorado.

La forma de vida que promueve el mundo moderno —y a la que es muy difícil escapar— favorece activamente la dispersión frente al recogimiento y la concentración, la prisa frente a la calma, la inquietud frente a la paz, la transitoriedad frente a la duración, los acontecimientos de «actualidad» frente a lo permanente, las relaciones humanas superficiales frente a las comprometidas, la vida lujosa y vana frente a la sencilla, la frivolidad frente a la profundidad... Es decir, intenta por todos los medios erradicar cualquier inclinación por la espiritualidad. Ya en 1947 Georges Bernanos había observado certeramente: “No se comprende absolutamente nada sobre la civilización moderna si no se admite primero que es una conspiración universal contra toda forma de vida interior”.

Cruzando el océano de los tiempos nos llega la voz de la sabiduría, que unánimemente ha proclamado: «Hombre, concóctete a ti mismo, y conocerás el universo y los dioses».